



CAPÍTULO XX

EL INCENDIO DE ROMA

No había más remedio que pedir al placer un olvido indispensable del crimen. Parece imposible, pero está por la historia testificado: el emperador, que á todo se atrevía en sus criminales delirios, tras cualquier atentado, caía sin poderlo remediar en acerbísimos remordimientos. Se le aparecían á cada paso las sombras de sus capitales víctimas é imaginaba que le dirigían sus vengativos ojos amenazándole y persiguiéndole. Tras la muerte de Agripina huía del propio ser á los accesos del remordimiento acosador. Enamoróse primero perdidamente de Acté, llevado por la repugnancia invencible á Octavia; y enamoróse luego de Popea, como antes de Acté, cuando, muerta Octavia, necesitaba el infeliz anegarse de suyo en inspiraciones del amor para olvidarse de crímenes sugeridos por el amor también. A veces cometía las mayores maldades poseído de triste borrachera. Borracho estaba cuando mató á Popea. Volvía, muy entrada la noche, de una carrera de carros y se detuvo en las cuadras. Allí trincó de lo lindo durante la noche toda con atletas y titiriteros y caballistas y chalanés, sin acordarse, no ya de ir á la cámara nupcial, de noticiar dónde se hallaba. Popea, muy celosa del amor y muy recelosa del poder de su marido, pasó la noche aquella de abandono en lamentos, y cuando le vió entrar de regreso, tras desesperaciones sin medida ni número, dióle con su dejadez y con su desidia y con sus distracciones en rostro. Nerón se propuso no hacerle caso; Popea, creyéndose menospreciada por él, amén de mal querida, le soltó un dardo que debió llegarle hasta

lo más hondo y recóndito del corazón; dióle que nunca Othón la trató en su vida matrimonial como la trataba él. Dióle, según hemos dicho, un fuerte puntapié, y la mató. Cuando la vió muerta parecía su cuerpo más cadáver que el cadáver mismo de Popea, por lo rígido, lo inerte, lo helado que se hallaba. Y en cuanto, á una de las reacciones frecuentísimas en los nerviosos, recobró el movimiento de sus músculos y la conciencia de su espíritu, cayó en un dolor tan intenso y lloró con llanto tan copioso, que apareció el crimen obra, antes que de su perversión, de su demencia. No pudiendo hacer por Popea ya cosa ninguna, magüer los recursos y las riquezas que le daba su cargo, luego de la cremación romana que disolvía los cuerpos, la embalsamó al modo egipcio, conservándola, siquiera fuera en forma de momia, junto á sí, y pronunció en elogio suyo cuantas arengas le sugiriera su abundantísima fantasía, y le quemó ante los restos más esencias, aromas, perfumes que podía prestar el suelo de Arabia, pareciendo la Ciudad Eterna como un pebetero inmenso que á muy largas distancias olía maravillosamente. No tuvo, pues, Nerón la conciencia tan encallecida como indicaban las perpetraciones frecuentes de crímenes innumerables. Pero lo que creía con toda firmeza, lo que anunciaba con toda exactitud, lo que puede asegurarse formaba la esencialísima base de su vida era el empeño de ahogar los remordimientos, una mitad en los espectáculos que presenciaba ó que daba y otra mitad en las orgías y en los placeres, tras los cuales el hartazgo y la embriaguez y el hastío mismo le convidaban á una con algún reposo, ya en el olvido, ya en el sueño. Cuanto mayor número de muertes ordenaba y cumplía, mayor número de reconvencciones le soltaba su conciencia; y cuanto mayor número de reconvencciones le soltaba su conciencia, más corría en busca del placer para desoirlas en el embotamiento de sus sentidos y despreciarlas en el embotamiento de su conciencia. Así, cuando más desesperado parecía el cuitado á tantas adversidades como le asaltaban y á tantas víctimas como le circuían, mayor era su afán por las fiestas ruidosas, por los placeres orgiásticos, por los desenfrenos colectivos, por todo aquello que no solamente significa su perversión propia y personal, sino la perversión colectiva de unas muchedumbres incapacitadas de subir á las cumbres del derecho y de respirar

el oxígeno de la libertad en tanto que durmieran y roncaran en la pocilga de sus borracheras y de sus hartazgos.

Así ningún espectáculo tan repugnante como la orgía que celebrara en el estanque Agripa, buscando y requiriendo una diversión á sus pensamientos y un recreo á su ánimo embargado por tristísimos recuerdos, por sombríos presagios, por acerbidades y dolores intensos. Veamos tal orgía. Este amplio estanque tomaba el aire y el aspecto y las proporciones y la forma de un verdadero lago. Entre los espacios en que ahora se levanta el Panteón y las ruinas del teatro de Pompeyo, bordeando el Campo de Marte, extendíase la inmensa laguna de Agripa que alimentaban acueductos venidos de los montes Sabinos, los cuales aportaban á su lecho ríos verdaderos y caudalosos. Aquel teatro no era en realidad otra cosa que un escenario abierto á la ostentación de todos los placeres y al alardeo de todos los vicios. Cuantos cubículos allí se habían levantado, otros tantos indicaban las varias maneras de rendir culto á Venus hasta en monstruosidades apenas comprensibles y que parecían como soñadas entre alucinaciones eróticas. Cuanto las tierras más apartadas producen de carnes y frutas, cuanto los mares menos conocidos guardan de peces y sus especies varias, cuantos aromas exhalan las concentradas savias de corolas y árboles, otro tanto se veía en aquel inmenso festín dado á la multitud por quien creía imposible gobernarla como no le tuviera sumida en el sueño de todas las corrupciones juntas y en el lodazal de todos los vicios imaginables. Nadie diría que las gentes aquellas pertenecían á la familia romana, inscrita de antiguo al combate y cambiando de continuo el arado por la espada, ó la espada por el arado; en las perlas y en las pomadas que se veían por sus cabellos; en las túnicas de gasa que ceñidas con purpúreos cinturones se pegaban al cuerpo; en los collares que se ajustaban á sus cuellos y los brazaletes que á sus puños y antebrazos se enroscaban; en los mullidos cojines sobre que se tendían y en los pebetes que aromaban los aires, tomaríanseles por sátrapas ó por cortesanos de Asia. El emperador no se había contentado con que los patricios expusieran sus personas en el teatro á la vista del pueblo; quería que las patricias enseñaran lo más recatado y oculto de su cuerpo, como viles prostitutas, al pueblo. No le satisfacía el

haber arrastrado á los hombres por los escenarios y por los circos y por los anfiteatros; quería exponer á las mujeres en públicas mancebías. Durante toda la tarde fué aquello una inmensa feria. Pero en cuanto se acercó la noche, fué un inmenso escándalo. Para que vencieran hasta el pudor nativo y no callaran el vicio entre las sombras, iluminaron la orgía con guirnaldas de luminarias que desafiaban la luz diurna. Para que sobrexcitasen los sentidos, una música voluptuosa sonaba en todas direcciones, como enardeciendo la sangre y como irritando las carnes. Los bailes y pantomimas indecentes sucedían á las canciones voluptuosas. Como se juntaban allí todos los productos, se juntaban todos los vicios. Las bestias tienen más recato en sus ajuntamientos que los infames y serviles romanos del imperio. Nerón quiso que aquéllas fuesen las saturnales del amor carnal, juntándose las esclavas con los patricios é identificándose todas las clases y todas las jerarquías y todas las estirpes y todas las dignidades en aquella prostitución universal. Nerón fué marido de cuantas mujeres le consintieron sus fuerzas y llegó en abominaciones adonde jamás podrá llegar ni la imaginación más perversa. Roma fué, pues, una inmensa mancebía.

Exhausto Nerón y maltrecho encaminóse á célebre lugar, Anzio, con objeto de reposar un poco en recatado retiro. Allí respiraba puros aires y curtía su desmayado y maltrecho animal organismo. No pensaba en volver, cuando le sorprendió una de las mayores catástrofes inscritas en los anales de la humanidad, el incendio de Roma. Era el trece de julio, año sesenta y cuatro del siglo primero en la historia moderna. Recordaban los fastos latinos en tal día el asalto de los galos á la Ciudad Eterna, la entrada en su recinto violentísima y el incendio á toda ella pegado con secular horror; cuatro siglos y medio se cumplían en aquellas terribles horas de tan espantable catástrofe. Según lo primero que ardió en Roma, diríase prendido el incendio por un rayo de la cólera divina. El Circo Máximo, el terrible lugar de las mayores abominaciones, se consumió como yesca. El cielo que sobre sus gradas se extendía coloróse como de roja púrpura y osciló el terreno aquel como al sacudimiento de un terremoto. No parecía un incendio artificial y de ocasión, semejaba á las erupciones y á los estallidos de un terreno volcánico en tormentosa combustión. Como alrededor de cada

centro, cual el circo, se situaban tabernas y tenduchos, por viejas tablas compuestos y llenos de muchos combustibles, el fuego tuvo en aquellos ingredientes y muebles un alimento tal que corrían por las calles ríos encendidos y tronaban por los aires verdaderas nubes de humo relampagueante. El viento soplaba de tal suerte que parecían haberlo soltado para dar intensidad mayor á las llamas infernales. Desde los materiales acumulados para las representaciones ó los juegos, hasta las tabernas henchidas con vino para el pueblo, se quemaron, en términos de parecerse á un mar incandescente todo el valle denominado Murtia, de una inmensa extensión. Las colinas más habitadas parecíanse á colosales brasas. Pasaban por los aires tales siniestras ráfagas que las crearían trombas de aerolitos, fraguas del fuego central como las horrorosas del Etna, ejércitos de cometas en batalla que se dirigían de un lado á otro y chocaban chisporroteando en todas direcciones. Como una marea de lavas recién expelidas montaban en oleajes sin fin aquellas combustiones sin término, de una intensidad tan grande que calcinaban el granito y derretían el suelo como un crisol gigantesco donde los átomos de polvo tenían el color ardiente del rojo cereza. Por el Foro diríase que pasaba un huracán, según los pedazos y fragmentos dispersos de sus columnas tronchadas y de sus mármoles enrojecidos como el hierro candente bajo los martillos y sobre los yunques. Viendo la furia con que atacaba los arcos triunfales, caídos á sus asaltos como las copas de los árboles tronchados por el ciclón, diríase que, dotado de alma y de sentimiento, destruía la vieja Roma histórica. En el más populoso de los barrios, en la vieja Suburra, murieron las gentes quemadas de tal suerte que hasta los esqueletos desaparecieron en aquella vorágine y se disiparon las cenizas en el aire. Siete días con siete noches Roma estuvo en aquella hoguera inacabable, sin que persona ninguna se atreviese á llevarle socorro, atajando una calamidad que parecía caída del cielo sobre la tierra como una lluvia de brasas despedidas desde las alturas y como una erupción de lavas en torbellinos que vomitaran los abismos. A pesar de los muchos jardines que había en el centro de los barrios más populosos y que se hubiera creído detendrían y aislarían el fuego, los árboles más verdes se consumían como leña viejísima y las praderas más floridas quedaban desoladas bajo el rescoldo

y semejantes á piedras de encendidos hornos. Los dispersos se refugiaban en los templos, asiéndose á las imágenes y efigies, como los naufragos á las tablas de sus naves rotas contra los escollos, azotados por la tormenta. ¡Cómo lloraban los pobres niños que veían llegar hasta sus carnicitas sonrosadas y frescas las furiosas llamas, amenazándolas en guisa de serpientes! ¡Cómo, desde los techos altísimos, gritaban las pobres mujeres, que se habían subido allí en busca de aire y de luz, cuando todo bamboleaba en trepidaciones que hacían estremecer con el aire y con el suelo sus propios corazones y entrañas! Aquí se asfixiaban unos cayendo al suelo como al latigazo de un rayo. Allí otros se retorcían en convulsiones tremendas. Más lejos corrían muchos en pos de la salvación, y todos quedaban muertos después de agonías en que pasaban por sufrimientos superiores á toda ponderación; agonías infernales, de tal modo extraordinarias que parecieran inverosímiles é imposibles si no se experimentaran y sufrieran en aquel terrible pavoroso momento. A tal horror se había perdido todo freno; y las gentes perversas, que pululan en todas las grandes poblaciones, dádose al saqueo y al homicidio, como si no hubiese bastantes muertes entre aquellos montones de cadáveres que aparecían borrosos en los espacios de la Ciudad Eterna. El ladrón de naturaleza y de costumbre saqueaba los hogares, y el asesino de profesión inmolaba los habitantes. Esgrimían el puñal en las entrañas de sus amos los siervos maltratados. Y no había piedad en nadie, porque los indiferentes procuraban su propia salvación y salud tan sólo, mientras los malvados hundían en aquellos abismos de fuego á los más, por odio á la humanidad ó por el placer de la venganza. No parecía, no, aquello la destrucción de una ciudad; parecía la destrucción de un mundo. Diríase que se había desprendido el sol de su esfera; que se había trocado el agua en plomo derretido; que todo el aire y todo el ambiente se disipaba como una espesísima humareda; que los cuerpos se deshacían en pedazos de aerolitos; que la tierra toda se había convertido en ígnea y se abismaba como una pavesa gigante allá en el abismo de lo infinito y de lo eterno.

Los más bellos edificios desaparecieron. Aquellos pórticos de Octavia, bajo cuya sombra se refugiaba el pueblo, huyendo al calor diurno y buscando la frescura indispensable á las zonas meridio-

nales; aquel teatro de Pompeyo en que habían representado actores idos de Grecia las mejores obras antiguas; aquellos templos de Juno y Júpiter fabricados en mármol blanco y con sus columnas de granito rosa veteadas por verdes líneas; los hemiciclos amplios en que campeaban los trofeos ganados por el pueblo-rey en batallas tan formidables y en victorias tan gloriosas; el ara vieja é histórica donde Rómulo consagrara las primeras ofrendas al Júpiter Stator que presentaba su rayo en el puño; la casa de Vesta, sita entre el monte Palatino y el Capitolio, rodeada de árboles en cuyas ramas pendían las cabelleras de sus vírgenes y con su archivo y con su santuario en los cuales se guardaban los timbres y los títulos de la vieja majestad romana, se desplomaron llevándose consigo las estatuas más bellas, los cuadros más deslumbradores, los simulacros más respetables, los restos más históricos, las reliquias más religiosas y más consagradas del viejo mundo romano, que había dominado la tierra y sido como el cerebro de la Humanidad. Y lo peor del caso era que, al revés de todos los incendios conocidos, en lugar de volar á extinguirlo gentes de socorro y auxilio, salían á exacerbarlo, viéndoselos alucinados y ennegrecidos, con un puñal en el cinto y con su tea en la mano, cual monstruos que hubieran abortado de las profundidades más hondas del Averno, soplando sobre las llamas y avivándolas más y más con sus soplos. Así, quienes veían á aquellas turbas en tropel, maullando como tigres y rugiendo como leones, medio abrasadas por el fuego y muy ennegrecidas por el humo, en vertiginosas carreras y con estruendo semejante al resuello de las fraguas y al hervor del incendio, todos decían que únicamente había podido el mal en persona, el mal que lo vicia todo, el mal que todo lo afea, el mal que gangrena la creación y envía sus vapores, así al cielo como al espíritu, soltar aquellas gentes exterminadoras, añadiendo los horrores del crimen á los horrores del incendio. Así no se paraban delante de ningún escrúpulo para imputar á Nerón aquel incendio, movido, según las malas lenguas, por dos resortes de su voluntad: por el resorte de su perversidad natural y por el resorte de su temperamento estético. Incendiaba, según las supersticiones allí más esparcidas, Nerón por incendiar; y después de incendiar, gozábase con el espectáculo trágico presentado por las llamas, subiendo á las alturas y por las

moles desplomándose en lo profundo, que le hacían recordar la Troya cantada por Homero y por Virgilio. Pero si tan artista era, ¿cómo explicar que dejara perecer los cuadros más bellos y las estatuas más armoniosas del antiguo mundo heleno? ¿Cómo comprender el menosprecio á despojos maravillosísimos de todo el viejo continente congregados en la Roma imperial? Roma, ciudad esencialmente sintética, se aparecía, no tan sólo por sus leyes y por sus instituciones, como un resumen del viejo mundo, por las copiosas riquezas artísticas allí aglomeradas. Como había caído en su poder Jerusalén, cabeza de la semítica raza; como la destronada Tiro, aunque mal repuesta de sus desgracias, le había entregado la vieja Fenicia; como se llamaban tributarias suyas las islas en que naciera la escultura europea; como Atenas había pasado á la sombra de su solio, y con ella el talismán de todas las inspiraciones; cual desde las estatuas de Tebas á los esfinges de Babilonia y á las ruinas de Cartago, todo se había reunido allí en tal manera que Roma compendiaba en su Pomerium y recinto los hombres todos, cual en su Panteón los dioses; perecían bajo la pesadumbre de aquella catástrofe verdaderamente apocalíptica las más bellas obras de la humana imaginación que podían adornar con más espléndidos ornatos el planeta nuestro y recrear á un artista, enamorado sensualmente de la hermosura, pero enamorado hasta la exaltación de una demencia. Lo que había era una preocupación general respecto de la terminación del mundo, que temían muchas personas en aquel angustioso estado de la humanidad; pues mientras los estoicos adoraban la imagen de Catón en Utica por símbolo de un suicidio consolador; y los judíos aguardaban el héroe que debía vengarles con sus combates mesiánicos de Roma, abrasándola en una especie de cósmico incendio; y los cristianos escribían un Apocalipsis dentro de sus Catacumbas, en el cual habían de apagarse los rayos de las estrellas y encogerse como un pergamino puesto al fuego el cielo, ardía Roma bajo el más malvado César que habían visto las edades, confirmando lo enorme de la catástrofe aquel siniestro y luctuoso concierto de fúnebres y apocalípticas profecías.

Así no debe maravillarnos que haya la posteridad unánimemente atribuido á Nerón el incendio de Roma, cuya primer noticia recibida en el retiro de Anzio, le sobrecogió con verdadero espanto, y